

Una muerte inmejorable

Pterocles Arenarius

F I C C I Ó N



de otro tipo

Novela

Pterocles Arenarius

Una muerte inmejorable / Pterocles Arenarius

—México: Editorial De otro tipo, 2014

256 p. 23 cm

Serie: Ficción De otro tipo

Género: Novela

Primera edición, 2014

© Pterocles Arenarius

D.R. © 2014 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan

Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17

www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96398-0-0

Impreso en México / Printed in Mexico

Contenido

I	Natural como la muerte	13
II	¿Sabré morir?	23
III	Duelo de madres. Paraíso	25
IV	La bestia que me habita	37
V	Verdad es belleza. Belleza es verdad...	47
VI	¿Quién era?	53
VII	Devolver algo de mierda	55
VIII	Pecar el resto de la vida	63
IX	Bienaventuranza. Maldición.	73
X	El inframundo	89
XI	Atisbos	103

XII	Rebeldía, dulce rebeldía	109
XIII	Bendita carne	117
XIV	Sexo y muerte	133
XV	Cajones	145
XVI	El puente de Cajones	159
XVII	Primera muerte	169
XVIII	Lucha y gloria	183
XIX	Coger en Cajones	199
XX	¿Por qué no morir en Cajones?	207
XXI	Pecados capitales	213
XXII	Pecados capitales, aleluya	219
XXIII	La batalla de Guanajuato	233
XXIV		245
XXV		251

Hay un mundo más allá del nuestro, un mundo lejano cercano e invisible. Ahí vive Dios, viven la muerte, los espíritus y los santos; es un mundo donde todo ha sucedido y todo se sabe.

María Sabina

El infierno bien puede existir en este mundo, al igual que el paraíso. Más aun, ambos, infierno y paraíso están en el colete de cada uno. Y, en todo caso, sus existencias dependen de nuestras personales creaciones.

Jorge Arturo Borja López

¿Alguna vez se te ocurrió que el mal y el bien son nombres que designan la misma cosa? ¿Que Dios podría ser al mismo tiempo bueno y malo?

Phillip K. Dick

*Morir es hartó fácil. Más difícil es vivir.
Y muy inútil. Y es el miedo de morir el que
le da su gran valor a la vida, pero ningún
sentido.*

Jorge S. Luquín

La gente es feliz pero no se da cuenta.

Enrique Galván Ortiz

Corta una madera, allí estoy yo.

Levanta una piedra, ahí me encontrarás.

Evangelio (“apócrifo”) agnóstico de Santo Tomás

Lo que no experimentes positivamente

lo experimentarás negativamente.

Joseph Campbell

I

Natural como la muerte

Me miró desde atrás de su escritorio con tanta frialdad como fue capaz; trató de hacerse ver impersonal, pero falló. Usó, creo que sin darse cuenta, un tono de admonición, como para hacerme sentir que cometí una estupidez inmensa o un pecado nefando y ahora me tocara pagar el precio. A las pocas frases ya hablaba como si me estuviera condenando, como si la estupidez o el pecado fueran imperdonables, y él, juez imparcial, ofendido por mi porquería, no tuviera más remedio que condenarme.

—Es un tumor maligno con desarrollo avanzado. La metástasis es de pronóstico reservado. —Me miró un momento con su gesto duro y burocrático, detrás de sus anteojos a la moda. Un médico pulcro, maduro, blanco, reluciente; de manos finas; recién llegado a mi ciudad—. En mi opinión, usted vivirá como máximo un año y como mínimo seis meses. —Volvió a mirarme. Yo actuaba como si no entendiera. Debí notar mi gran desconcierto porque sentí algo parecido a su odio. Me habló con dureza—. Le indiqué la conveniencia de que este diagnóstico fuera revelado únicamente a sus familiares, pero

prefirió, bajo su responsabilidad, que se lo hiciera saber sólo a usted. El tiempo que le queda depende de factores que todavía no entendemos sobre la etiología del cáncer. Le prescribo anestésicos y un complemento dietético para evitar los dolores y que la calidad de vida no decaiga... tanto. Le recomiendo un hospital para cuando los malestares sean más intensos. No le indico tratamiento como radioterapia o cirugía porque ya no es tiempo, pero si tiene dudas consulte a un especialista. Es todo, señor mmm..., —se alcanzó el historial clínico para buscar mi nombre—, Vallehermoso. Buenas tardes.

Ignoro la actitud que adopté, creo que miré al suelo, tomé el sobre con los documentos, me levanté de la silla sin mirar nada y me encaminé a la salida. ¿Habrà algo bueno para mí de aquí al día que muera? ¿Habrà una buena tarde de las trescientas sesenta y cinco que me quedan?, pensé. Y me fui a caminar, soplabá el viento. Ya no habrìa aire para mí, ni frío ni hambre, ningún dolor, ninguna vergüenza, no más compromisos ni problemas con la gente. No dejé de sentir extrañeza al descubrir algunas ventajas de morir, pero también pensaba en mis seres queridos, en mi hermana, en las viejas tías, en mis sobrinos, en tantos planes; y el dolor me acució como nunca al recordar a Camila, mi prometida, la mujer con la que habìa planeado el resto de mi vida, la muchacha que habìa soñado un futuro tranquilo y próspero conmigo, con niños que nos alegraran, crecieran, hiciesen su vida y, ella y yo, juntos hasta la vejez.

Sentí rabia e impotencia, despertaron en mí un odio sordo y ciego, un deseo inmenso y cierto de hacer daño a los que son felices, y de pronto surgía la angustia por estar pensando tales ideas. ¿Por qué a mí? ¿Por qué esta maldición? ¿Por qué me quitas la vida, Dios mío? El odio parecía rebasarme, y como si tuviera voluntad propia, amenazaba con dirigirse contra el mismo Dios, mi padre y mi creador, el que me dio la vida. Y a

pesar de que estaba a las puertas de la muerte, me daba terror pensar así, me di cuenta de cuán débiles eran mis ideas religiosas. Según mi fe católica, puesto que mi vida había sido sin grandes pecados, apegada a los mandatos de la Santa Madre Iglesia: disciplinada, de esfuerzo, trabajo, caridad y dedicación a mis prójimos, según eso, yo debía ir a disfrutar de las delicias que Nuestro Señor tiene reservadas para los justos, los que vivieron con rectitud, amor al prójimo y en la cotidiana práctica de la fe, pero el terror no me soltaba.

De pronto creí estar seguro que, antes de morir, quería saber qué era la embriaguez hasta derrumbarme, qué hubiera sido acostarme, revolcarme y batirme en los jugos de la promiscuidad, hedorosos y malditos de una ramera que me cobrara unos pesos; liarme a golpes y mentadas de puta madre en la calle con algún carretonero borracho, y juro que hasta pensé en la posibilidad de matar a alguien. Los deseos eran reales, sentí que, por primera vez en mi vida, nada me detenía, que si alguna vez hubiera hecho o intentado alguno de esos actos, en este momento no tendría semejantes deseos, sabría dónde detenerme, me habría fijado unos límites, porque mi inmovilidad había hecho que nunca los fijara. ¿Pero qué límites podría fijarse alguien que nada había explorado? Sospeché que mi fe era una mentira risible, y por eso mucho más dolorosa.

Mi dolor no provenía de haber cometido errores o haber sido malvado, sino de la estupidez de no haber hecho nada que valiera la pena. Según mi supuesta fe, debería estar feliz de ir al lado de Dios, pero me asustaba pensar en semejante idea; en lo más sincero de mí mismo me parecía un cuento para imbéciles. Y casi me asombraba que las personas eran indiferentes a mi confusión, a mi dolor; incluso llegué a preguntarme por qué el cielo estaba igual que siempre. El peso de la noticia me hacía sentir el cuerpo flojo, como si no hubiera dormido tres

noches, y el cuerpo flojo me hacía sentir, con gran urgencia, la enojosa necesidad de desalojar el vientre. Pensé que, puesto que ya casi era un muerto, ¿qué son seis o doce meses?, no importaba defecar en cualquier calle, o incluso en mis propios pantalones. Y por primera vez en mi vida desafié a mis necesidades fisiológicas, ya ni eso me importaba, pero en un último momento, antes de cagarme en los pantalones, mareado por el efecto de la noticia que estaba procesando, entré en un baño público de tres pesos, en la entrada del túnel, cerca del Mercado Hidalgo. Increíble paradoja, no me molestó sentirme un sucio animal haciendo ese acto inmundos y secreto: cagar. Y al observar la mierda, consideré que en pocos meses yo sería algo no menos repugnante que esos pedazos de caca. Sentí náuseas, y más que nunca odio, hasta consideré la posibilidad de suicidarme, despedazarme contra el asfalto después de lanzarme del lugar más alto de Guanajuato.

La ciudad me miraba ir y venir, el mundo me juzgaba loco: los taqueros de la calle, los taxistas que me obstruían, los periódicos y los periodiqueros, los vecinos que me saludaban de lejos, mis escasos amigos que encontré y rehuí, el ambiente que, siendo el mismo, era diferente para todos; pero peor lo era para mí. Los enamorados que se besuqueaban en las bancas, los árboles, el aire soplando normal, las piedras de los edificios, los pájaros cambiando de lugar, divirtiéndose en bandadas que viajaban de un edificio a un árbol y luego invertían el viaje; ninguno me tenía compasión, nadie tenía un poco de sentimiento para mí, que ya era casi un muerto. Creí sentir que me odiaban, igual que lo sentí del doctor, y noté que yo también los odiaba. Caminé hasta que no pude más, repitiéndome la pregunta: ¿Por qué, Dios mío? Y empezaba a maldecir cuanto veía, pero también le pedía perdón a Dios, para luego volver a maldecir. Pensé en maldecir a Dios que así me castigaba, pero pensaba

también que si esto ocurría era porque Dios no existía. Terminé sentado en una banca de la Plaza de Mexiamora, eran las doce de la noche; me puse a llorar en silencio, sin moverme, como si ya estuviera muerto.

Mi vida entera era una estafa. Si Dios existía se estaría burlando de mi estupidez por creer en su bondad, por esperar que mi comportamiento, tan perfecto como podía tenerlo un ser humano, había sido inútil. Si Dios no existía, entonces había sido uno de los seres más imbéciles del universo, pues había dejado pasar la vida sin conocerla, a cambio de respetar una falsedad. Las lágrimas me recorrían la cara, me mojaban la camisa. Los mocos me escurrían hasta la boca y más abajo, y no me importaba. Hasta que llegaron dos borrachos que me invitaron a beber un líquido que hedía.

—Shúpale, carnal. Éshate un trago, cabrón. —No me moví, sólo levanté el rostro un poco para mirarlos, sin hacer ningún gesto. Los borrachos vieron mi cara.

—Ay, güey, ¿pos qué te p'só, cabrón? ¡Ya sé! Te dejó tu vieja, ¿no?

—Ay, no mames, ¿sigues shillando? Entós se te murió tu vieja. ¿No?

—Tampoco. No pos entós sí está más cabrón.

—No, güey, mejor no nos vayas a decir, no nos digas nada de tu mamacita ni de tus hijitos, carnal, eso es cosa más seria.

—Vámonos, hijo, este güey sí tiene un pedo más cabrón. Mis respet's, s'ñor.

Y se fueron. Y los maldije porque pensé que en ese momento me habría gustado estar tan borracho y ser tan cretino como ellos. Luego llegaron dos policías. Aquí no puedes dormir, amigo, circulando, me dijeron. No hice movimientos, no

atendí, como si no existieran. Uno me picó en la pierna con la macana y algo dijo sobre una prohibición para dormir en las bancas de la calle. Oí los sonidos de su radio, hablaban con otros policías: Este sujeto está drogado. —Te vamos a remitir, cabrón. ¡Párate!— Me agarraron de las axilas y me pusieron de pie como espantapájaros; me hicieron sacar todo lo que traía en los bolsillos, y obedecí como si fuera un robot. Me colocaron con las manos contra la pared, me separaron los pies con sus botas, me manosearon todo el cuerpo y encontraron el sobre del diagnóstico del fin de mi vida. Lo revisaron y nada entendieron. Vino una patrulla y me subieron a empellones. No intenté defenderme.

Hubiera bastado que les dijera que era un casi agonizante para que me dejaran libre, porque todos los hombres tienen una consideración prejuiciada del que está cerca de la muerte, nadie quiere tratos con ella. Y me di cuenta que me hubiera gustado matar a uno de esos policías estúpidos, jóvenes y arbitrarios. Descubrí que la muerte está muy cerca de todos y nadie quiere darse cuenta, porque noté que hubiera sido bastante fácil matar a uno de ellos, total, yo ya era casi un muerto. Me presentaron ante el Ministerio Público, un hombre casi joven, aunque lo disimulaba por culpa de una perversa calvicie que lo hacía ver como cuarentón; además de ello, lo notorio del MP era una casi insufrible vulgaridad, una mirada de gato matrero y la obesidad incipiente de los que, como trabajo, reposan y hacen del sedentarismo una profesión. Me acusaron de consumir drogas y de alcoholizarme en la vía pública. Un médico examinó mis signos vitales y me hizo pruebas de alcoholismo y drogadicción: Camine por una línea en el suelo, cierre los ojos y levante los brazos en cruz; sin abrir los ojos, tóquese los dos pulgares en un solo movimiento. Pruebas que resultaron negativas. No se dio cuenta que yo era un moribundo.

Me impusieron una multa de cuatrocientos pesos o tres días de reclusión. Casi me parecía bien estar tres días encerrado en la cárcel, en mi vida había imaginado cómo podría ser eso. Y me metieron a un sitio nauseabundo, con un simple hoyo en el suelo para defecar, sucio hasta los techos, listo para cualquier tipo de promiscuidad, con gente tirada, durmiendo o meditando sus odios. Pero en este pueblo todos nos conocemos, al menos los que somos de las familias tradicionales, y alguien me reconoció. Me mandaron llamar y el carcelero me condujo hasta el Ministerio Público, el gato matrero, y ahora se añadía el juez calificador, un viejo más calvo que el MP, con monstruosas ojeras y que parecía más ancho que alto, pues llegaría al metro y medio de estatura (y no dudo que midiese lo mismo de cintura), con amabilidad me hicieron sentar ante ellos y despidieron a los policías.

—¿Usted es don Tranquilino Vallehermoso, de los Vallehermoso de Guanajuato, no es así?, —me preguntó el MP. Reaccioné con actitudes que jamás hubiera imaginado en mí: no les contesté, los miré con una tranquilidad que incluso a mí me pasmaba y a ellos les hacía sentir un notorio nerviosismo.

—Don Tranquilino, ¿quiere que castigemos a los muchachos que lo trajeron? Entiendo que debe estar molesto, y es que éstos son cada vez más descuidados, no se fijan en las personas que remiten, creerán que pueden agarrar a la gente de bien. Le pido que nos disculpe y le ofrezco mi amistad, señor, —me dijo el juez.

Ahí descubrí que saber mi final y su fecha era casi maravilloso, porque me hacía sentir ajeno a convenciones, amistades, prejuicios y compadrazgos. Si me voy a morir tan pronto, ¿de qué putas me sirve ser de los Vallehermoso de Guanajuato, y

que este imbécil me ofrezca su amistad y me den la libertad y me revoquen la multa? Me salí sin dar las gracias. Pensé que obtener mi libertad sin pronunciar palabra ni agradecerla ni haberla pedido, antes hubiera sido una hazaña, pero en este momento me parecía tan trascendental como la mierda que, a cambio de tres pesos, había enviado por el escusado del túnel del mercado.

Llegué caminando a la casa de mis tías, en el Callejón de La Cabecita. Noctámbulas de sala a recámara y de recámara a cocina, me esperaban en bata de dormir. Me miraron las dos viejas decrepitas, ridículas, intransigentes en sus cursilerías y sobreprotecciones más que pendejas y totalitarias de: toma leche caliente, ponte calcetines para dormir que hace frío; cierra la puerta con llave y con trancas por favor, para dormir tranquilas. Estaban despiertas a horas más que inconvenientes para ellas, me miraron extrañadas. Destruído, frente a ellas, me derrumbé llorando. Hincado, con mi rostro sollozante entre sus regazos, sin que mediara explicación, las dos empezaron a sollozar conmigo.

—Ay, mi niño, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras, papacito mío?
—Lloraban como becerras, y mis chillidos no eran menos que los de ellas.

—¿Qué te pasó, amor mío? ¿Quién te hizo daño, amor de mi vida?

Yo las abrazaba entre hipadas de llanto; ellas me acariciaban y lloraban sumidas en el más desolador desconsuelo, en el desconcierto de un enigma que les parecía aterrador. Era algo espantoso lo que les hacía. No tenían la menor idea de la causa de mi llanto y eso era terrible para ellas. Me levantaron y me acariciaron, me preguntaban qué me pasaba, por qué había lle-

gado en la madrugada, si me habían golpeado. Mi tía Sanjuana fue llorando a hacerme un té caliente y la otra, Obdulia, a gritos, me echó un abrigo a los hombros y me quiso sentar en la sala para que le contara qué me había pasado. Cuando Sanjuana regresaba con el té, dejé a la vieja tía Obdulia sobrecogida de miedo y preocupación y me fui a encerrar a mi recámara. Se quedaron llorando en la sala, aterrorizadas, preguntándose qué maldita cosa me pasaría. Se pusieron a tocar mi puerta, a pedirme que por amor de Dios les dijera qué me pasaba. Ni sospechaban que me iba a morir antes que ellas.

II

¿Sabré morir?

¿Qué será morir? ¿Será dejar de ver, dejar de pensar? ¿Será como dormir sin sueños? ¿Será igual que soñar? ¿Habrá un paraíso? ¿Un infierno? ¿Estará Dios esperándonos y consolándonos? ¿No se sentirá nada? ¿No habrá nada? ¿Después de muertos, pensaremos? ¿Seguiremos amando y odiando? ¿Veremos a Dios? ¿No habrá nada, ni consciencia ni pensamiento? ¿Será como han publicado, irse por un tubo que termina con una luz resplandeciente donde Dios nos espera? ¿Cómo será el Juicio de Dios? ¿Cuál será el peor pecado? ¿Habrá infierno con sufrimientos y reconvenciones eternas e inmarcesibles? ¿Habrá Diablo? ¿Satanás nos castigará eternamente? ¿El castigo consistirá en que abunden las personas, las situaciones que odiamos o tememos en esta vida? ¿O, para los que nos hemos portado bien en esta vida, Dios nos premiará eternamente? ¿Servirá de algo que recen por nosotros? ¿Significa que es más importante esta vida que toda la eternidad? ¿Para qué sirve entonces una vida de virtud? ¿Seré condenado por pensar esto que pienso? ¿Será mi Dios el Dios verdadero? ¿Por qué no habrían de ser verdaderos los otros dioses? ¿Será el cáncer un instrumento

de la justicia de Dios? ¿Por qué, si esto es su justicia, me castiga así? ¿Por estúpido? ¿Por malo? ¿El cáncer será efecto de su furia? Unas células se niegan a morir, entonces, ¿esas putas células enloquecidas van a matarme, o simplemente Dios no tiene control sobre el cáncer? ¿Tengo que buscarme una forma decente de morir, más aún, una muerte inmejorable? ¿Si ya me gané la vida mezquinamente durante treinta y cinco años, ahora tengo que ganarme una buena muerte? ¿Será que Dios y el Diablo son el mismo? ¿Será verdad que nosotros somos un sueño de Dios? ¿Entonces el miedo es en realidad miedo a la muerte, o morir es algo trivial?

Me venció el cansancio y pude dormir.